

HASTA TUS PIEDRAS ME HABLAN

Horta, Arnés, la plaza de toros, la Cruz roja... apago la música y miro impaciente por la ventanilla. ¡Sigue aquí!, respiro con tranquilidad y con todo el sosiego que me es posible tener cuando regreso. Ansiosa sigo mirando con la esperanza de que todo siga como antes y tras la última curva, al pasar el puente, me doy cuenta de que es el mismo de siempre, todo tal y como lo recordaba.

Han llegado nuevamente las vacaciones que tanto he deseado y planeado. Pero mis deseos por regresar van más allá de las simples ansias o la espera del nuevo verano, el descanso, o la diversión. Valderrobres, es como aquel amigo que se recuerda en la distancia y sé, que cualquiera que sea mi destino, siempre llevaré conmigo su recuerdo y el de sus gentes. Forma parte de mí y por más que lo deseara nunca podría tacharlo de mi mente. Aunque he nacido en Cataluña, me siento también aragonesa y aquí tengo parte de mis raíces.

De esta manera Valderrobres se ha convertido en algo muy especial y entrañable. Distinto a todos los pueblos que conozco, pues nada es más hermoso que aquel lugar donde se hacen realidad los sentimientos y momentos felices.

Respiro el humo de las chimeneas y siento algo especial paseando por las calles silenciosas de Valderrobres, en una tarde de invierno. Las farolas de los jardines ya están encendidas. El rumor del viento, recoge las pocas palabras que surgen de mi boca congelada. Protegida tras la bufanda, pienso, al pasar el puente de hierro, con la Osa Mayor en un cielo estrellado de verano.

Si hay algo que logra tocar las fibras de mi corazón, es sin duda alguna, la Semana Santa de Valderrobres. Siete días que vivo intensamente. El redoble de los tambores, (acompañado por los bombos en medio de la sobriedad y marcando el paso tras la túnica de los nazarenos), me devuelve estabilidad. Parece como si al compás de los tambores y a cada golpe del bombo, se ordenaran mis pensamientos uno por uno.

¡Por fin el verano!. Todo el grupo juntos de nuevo. Raras veces hablamos de nuestra vida cotidiana, pues ahora se abre un nuevo mundo. Empiezan los recorridos en bicicleta hasta el pantano, hasta la Fresneda y por las calles del pueblo, bajo el seco sol que no duda en tentarme con refrescantes espejismos por el camino, el Matarraña, el Pena, la piscina,...

Un año más llegan las fiestas de Agosto, con su nueva reina y damas de honor. Nunca falta "Pajaritos", engalanado con su traje de botones y su pajarita luminosa, bailando por las calles, seguido de los más pequeños. Por la noche cada peña se identifica con su gorrinera y los sombreros de paja se venden como nunca. Todos juntos a la verbena, a bailar en la plaza y a correr ante



el primer toro de fuego y si hay suerte a cansarse ante los petardos de un segundo. Alegría, risas, cantos y jolgorio acompañado todo ello con la charanga, llenan las calles.

Cuando finalizan las fiestas, decaen mis fuerzas y me invade un sentimiento de melancolía y tristeza, pues se aproxima el final del verano y la partida. Un momento en que cuesta asimilar y aceptar que todo llega a su fin. Después de dos meses en Valderrobres, es difícil alejarse de nuevo y reemprender la rutina.

Lejos de aquí, se intenta reunir el grupo de amigos al igual que en verano, pero nunca es lo mismo. Algo falla y yo sé muy bien qué es. Falta el hechizo y la magia, falta la ilusión que se siente al volver a Valderrobres, hasta tus piedras me hablan, te quiero.

Miriam Lizana Tutusaus

